

36. Su amado "yo"... no existe

Procesos para su despertar interior

ego

Compilado por:
Enrique González Ospina.
Cel: 315-3357297

“El hombre tal como lo conocemos, el hombre máquina, el hombre que no puede “hacer”, el hombre con quien y a través de quien “todo sucede”, no puede tener un “yo” permanente y único.

Su “yo” cambia tan rápidamente como sus pensamientos, sus sentimientos, sus humores, y comete él un error profundo cuando se considera siempre una sola y misma persona; en realidad, siempre es una persona diferente, nunca es el que era un momento antes.”

Gurdjieff



Su amado "yo"... no existe

"Tú eres la presencia inmutable que observa todos esos "yoes" cambiantes."

S.H. Wolinsky

¿Usted alguna vez se ha preguntado cuál es la posibilidad suprema del individuo? ¿Es posible trascender la conciencia ordinaria, el simple "darse cuenta" de lo externo? ¿Es posible la conciencia de sí-mismo, como un estado superior? ¿Es posible la conciencia objetiva, la conciencia de la realidad "tal cual es"? ¿Puede el individuo disolverse en una Conciencia Pura?

La sabiduría de Oriente afirma que es posible y necesario, pero a través de la responsabilidad individual y a partir de lo que usted es ahora, sea lo que sea.

No hay condiciones, pero se necesita la decisión individual y ciertos procesos específicos en la dirección de la evolución consciente.

La naturaleza creó la especie, pero es la conciencia la que crea al individuo. Sin conciencia de sí, usted no existe como un Testigo, pero existe como miembro del rebaño, fingiendo ser un "yo".

Con conciencia de sí, usted surge como un individuo único, desapegado de la manada, Testigo observador de sus procesos internos. Es una diferencia notable, pero es una responsabilidad individual. Si persiste en su profundización de sí mismo, el Testigo puede ser trascendido, convertido en Presencia Interior.

Entonces, ahora, sólo usted es responsable de asumir su propia autorrealización, pero no hay garantía de nada. Ahora todo debe elegirse, todo puede constituir un esfuerzo consciente, pero no hay garantía de nada. Puede fracasar, puede tener éxito. Es su posibilidad. Pero usted es el único responsable de asumir el riesgo necesario.

Una vez que usted descubre que la responsabilidad es enteramente suya, no hay escape alguno a través de ningún tipo de inconciencia.

El alcohol y las drogas pierden su sentido como medios de evasión, cuando comprende que la responsabilidad por sí mismo es la oportunidad de evolucionar hacia calidades superiores de vida interior, sin necesidad de inocular al cuerpo sustancias extrañas.

La persona inconsciente, mecánica, automática, sonámbula, *existe* sin duda, pero no *Es*. *Existe* como miembro de una comunidad, como la oveja de un rebaño. La inconciencia hace que *exista* como un elemento de la colectividad, pero es la conciencia de sí-mismo la que logra que usted sea un individuo, entendido como ser el Testigo de su propia vida.

Una persona inconsciente existe con su cuerpo y su mente, pero carece de un Yo individual, que es la conciencia de sí-mismo, aunque posea innumerables y egocéntricos pequeños “yoes”.

La inconciencia es muchos “yoes” transitorios, vanos, triviales, efímeros, circunstanciales, pero ningún Yo individual. Es un estado de no-Yo.

La conciencia de sí mismo es un estado de Yo individual, que también puede ser trascendido; es el Testigo.

Si usted es una persona inconsciente, usted *existe* pero no *es*, como las piedras; transita por la vida con muchas máscaras, pero careciendo de un Yo individual, un poco más real. Cada máscara es un “yo” diferente.

Posee “yoes”, pero no un Yo que sea el Testigo de sí. *Existe*, pero no *es*.

En estado natural, usted *existe*, pero usted no *es*. Muchos y pequeños “yoes” lo poseen, pero usted no posee un Yo individual. Vive en estado de no-Yo, pero *existe*. Usted *existe*, pero usted no *es*.

Existir y *ser* son dos conceptos completamente diferentes.

A partir de muchos “yoes” pequeños, frívolos y transitorios es posible crecer conscientemente hacia el Testigo de sí mismo; luego, abrirse a la Conciencia Pura. Esa es la evolución que ahora es posible.

Es un hecho psicológico que existe un “yo” mentiroso, un “yo” vanidoso, un “yo” iracundo, un “yo” envidioso, un “yo” codicioso, un “yo” responsable, un “yo” perfeccionista, un “yo” bondadoso, un “yo” perverso, trabajador, generoso, violento, vengativo, estudioso, perezoso, lujurioso...

Pero, ¿cuál es la naturaleza de ese transitorio “yo”? ¿Es una realidad virtual? ¿Es un punto de un proceso? ¿Existe o sucede? ¿Qué es ese “yo”?

Vamos a reflexionar sobre este tema a partir de cinco enfoques:

1. Los Vedas y el no-yo.
2. El budismo y el no-yo.
3. El no-yo de Gurdjieff
4. El no-yo en la neurología
5. El no-yo en Krishnamurti

1. Los Vedas y el no-yo

“El verdadero Yo es el Alma de nuestras Almas. No hay otro”.

Swami Abhedananda

Los sistemas clásicos o filosóficos de la India, también denominados “*puntos de vista*”, son seis:

1. El Sankhya
2. El Yoga
3. La Mimansa
4. El Vedanta
5. El Vaiseshike
6. El Nyaya

Estos sistemas ortodoxos se toman como seis enfoques de idéntica tradición. Todos ellos reconocen la autoridad de los Vedas, literatura sagrada que comenzó a florecer en la India alrededor de 5.000 años a.c., y según la tradición son textos inspirados directamente por la divinidad.

¿Por qué acudimos a estas fuentes tan remotas? La religión védica produjo los textos védicos y estos inspiraron los seis enfoques filosóficos, sistemas que, a su vez, inspiraron el pensamiento griego que llega hasta nuestros tiempos.

De manera que, tal vez, los grandes pensadores, filósofos, dramaturgos, poetas y literatos griegos, bebieron en el manantial védico.

Muy seguramente Sócrates, Platón, Aristóteles, Anaxímenes, Sófocles, Eurípides, se inspiraron en la filosofía India, en sus fuentes védicas, y llegaron hasta nosotros porque Occidente nació en Grecia.

Pero, aunque Occidente se nutrió de Oriente, aportó a su vez su propia significación, de manera que hoy Oriente y Occidente constituyen dos enfoques muy diferentes de la realidad metafísica y física.

De ese monumental conocimiento que son los Vedas, tomemos una fracción de él, el tema del “yo”, para indagar. Esta es su visión:

El sí-mismo

El mundo está plagado de arraigadas supersticiones religiosas. La idea de una religión sin diablos ni ángeles no parece concebible para muchas personas.

Es muy difícil extirpar la concepción de un Supremo Dirigente y un séquito delegado de entidades celestiales, que tengan en sus manos el gobierno del universo.

El hombre ha aceptado estar dirigido siempre por alguien, y ha seleccionado como su guía a lo más supremo que su mente haya podido concebir: Dios. Pero esto no deja de ser un sojuzgamiento basado en una superstición, por más que luzca como un vasto propósito espiritual.

Algún día el hombre, esa misteriosa conjunción de esas no menos misteriosas entidades que son su cuerpo, su mente y su conciencia, proclamarán sin temor su libertad absoluta de todo aquello que no emane:

“Por sí mismo, de sí mismo”

La filosofía Vedanta se margina radicalmente de la idea de un Dios:

“El hombre es la divinidad misma y habrá de saberlo en el mejor lugar concebible –aquí– y en el mejor momento concebible –ahora–”

Esta es la clara posición Vedanta. Con más de 5.000 años, esta idea central: el “Sí-mismo-Aquí-Ahora”, continúa siendo el centro de gravedad de todas las escuelas esotéricas: Zen, Sufismo, Tao, Yoga, Cuarto Camino.

Pero ese sí-mismo no es el “yo”. El sí-mismo es el ser, lo que soy. El pequeño “yo” es lo que creo ser y el sí-mismo es lo que soy, aquí-ahora, y eso que soy ahora es lo que puede evolucionar.

La escala del Ser

En la escala del Ser, el punto más bajo corresponde a un ser miserable, egoísta, cruel; y el más elevado, al Ser de un autorrealizado. Entre los dos extremos cualquier punto intermedio es el “*nivel del ser*” de la persona, su ser, su sí-mismo.

Desde ese punto, alto o bajo, noble o miserable, la persona asume la total responsabilidad de la totalidad de su vida.

En ese trasegar del ser al Ser, el “yo” es sólo una visión instantánea que la mente tiene del proceso, visión con la cual se identifica. Es la mente la que cree ser ese “yo” momentáneo, ilusión que sólo existe en la mente.

El “yo” es una ilusión de la mente. En la escala del Ser no existe algo como un “yo”. El ser es, el “yo” no es. El dualista yo-tú es una ilusión, porque el yo no existe.

En el corazón del sí-mismo se halla el centro del Universo, como la perla en la ostra. En el ser reside la realidad, la totalidad, y evoluciona hacia el Ser más elevado que es un estado de bienaventuranza y éxtasis.

No hay un “yo” hacedor

La expresión del sí-mismo se ejecuta en tres modos de manifestación: el yo, los sentidos y el intelecto.

El “yo” o “ego” es el falso centro de la personalidad, que actúa creyéndose vanamente autónomo. El hombre está “*obsesionado por el sentido del yo*” y engañado porque él piensa que “*yo soy el hacedor*” cuando “*toda acción es hecha enteramente por los Gunas de Prakriti*”.

Estas citas niegan radicalmente la existencia de un “*yo hacedor*”, de un “yo” individual que hace lo que hace. No hay “yo” y no hay hacedor, pero hay acción que sucede por la primacía de una fuerza en una tríada.

Los Gunas son las tres cualidades, condiciones y comportamientos de la Prakriti (materia). La materia está siempre afectada por los tres Gunas:

1. Sattva.
Es la manifestación correcta, pura, transparente, serena, lúcida, de su materia.
2. Rajas.
Es la manifestación incorrecta, turbia, vehemente, compulsiva, hiperactiva, de su materia.
3. Tamas.
Es la manifestación instintiva, mezquina, ignorante, perezosa, de su materia.

Es la primacía de uno de los tres lo que hace que la materia se manifieste de una u otra forma, sin participación alguna de la voluntad de un supuesto “yo”.

Acotemos como algo significativo que la tríada Sattva-Rajas-Tamas no es original ni exclusiva de los Vedas.

En el antiguo Egipto la tríada era Osiris-Isis-Horus.

En la filosofía India Brahma es el padre, Avidya es la madre y Mahat el hijo, los tres como manifestaciones del Absoluto, denominado Brahman.

En la cristiandad primitiva era el Padre, la Madre y el Hijo, pero en una versión contemporánea es Padre-Hijo-Espíritu Santo.

En la literatura teosófica se les ha dado el nombre de Primero, Segundo y Tercer Logos.

En la enseñanza de Gurdjieff, maestro del Cuarto Camino, está la “Ley de Tres”, la ley de las tres fuerzas

“Según esta ley, todo fenómeno, sobre cualquier escala y en cualquier mundo en que tenga lugar, desde el plano molecular al plano cósmico, es el resultado de la combinación o del encuentro de tres fuerzas diferentes y opuestas”.

En todas las Escuelas de Conocimiento existen los “tres en uno y uno en tres”, cuya unidad forma una realidad de naturaleza diferente, que puede

representarse como un triángulo: los vértices son las triadas y el área interna es la naturaleza original, vacía, eterna, Dios, el Absoluto, la Conciencia... pero su "yo" no existe en ese triángulo.

Entonces, según los Vedas, existe su ser, pero no existe algo como su "yo", y esto está dicho desde hace miles de años.

Su ser, lo que usted es ahora, es la base sobre la cual puede evolucionar hacia su Ser, que es su Espíritu, Dios, el Vacío Creador, como quiera denominarlo, pero no existe algo como su "yo".

2. El budismo y el no-yo

“No-yo significa el hecho de que ni dentro de los fenómenos corporales o mentales, ni fuera de ellos, puede hallarse nada que en el último sentido pueda ser considerado como un yo-entidad que exista por sí misma.”

Nyanatiloka

Los acontecimientos que se conocen de la vida de Buda son muy dispersos. Nació alrededor del año 560 a.c., con el nombre de Siddhartha Gautama, hijo de un rey del pueblo Shakya localizado en la frontera entre India y Nepal.

Vivió y enseñó durante uno de los periodos más fértiles de la historia. Fue contemporáneo de los filósofos griegos Heráclito y Pitágoras, del sabio persa Zoroastro y del profeta Mahavira, quien probablemente fue compañero de estudios del joven Gautama.

Más al Oriente, su contemporáneo Lao Tse estructuró las doctrinas trascendentales del taoísmo en el clásico texto Tao Te Ching. En el transcurso del tiempo, 300 d.c., en China, un monje budista Indú fusionaría el budismo con el taoísmo creando lo que hoy se conoce como Zen.

El método del Buda

Se inició en la senda del ascetismo, entregándose a la práctica de la austeridad con tal ardor que, según afirman los textos:

“Ayunó tanto que su ombligo y su columna vertebral se tocaban”.

Después, convencido de la inutilidad de estas prácticas, se separó de quienes predicaban que era posible alcanzar el espíritu mortificando la carne, y continuó su búsqueda en solitario.

Al cabo de siete años, una vez estudiadas las doctrinas de su tiempo, después de haber escuchado a los filósofos y practicado las técnicas recomendadas por los sabios de su tiempo, Gautama continuaba sintiéndose insatisfecho.

Por fin, en uno de sus desplazamientos sin rumbo fijo, llegó a Bogh Gaya, la actual Bihar, en donde, sentado a la sombra de una venerable higuera, se prometió a sí mismo que no abandonaría aquel lugar hasta haber alcanzado la iluminación.

Durante los siguientes 49 días, sentado en profunda meditación, experimentó y trascendió todos los niveles de la mente, alcanzando finalmente la total y completa iluminación, que en el budismo se conoce como Nirvana.

Desde el momento de su Nirvana, que sucedió cuando tenía 35 años, hasta el momento de su muerte, a los 80, Buda viajó infatigablemente por todo el noreste de la India, enseñando y creando comunidades de hombres y mujeres para practicar sus métodos meditativos.

“El solitario Gautama enseña su Ley utilizando un sistema de su propia invención que escapa al razonamiento y que se basa en la investigación directa.”

Su enseñanza sostiene que la aceptación de cualquier creencia, que no esté basada en la experiencia directa, no es recomendable, porque no conduce a la terminación del sufrimiento, que es la Iluminación.

Entonces, no se trata de creer sino de experimentar en sí mismo, en forma directa, en la búsqueda de la Verdad.

Su enseñanza

No obstante, aunque parezca contradictorio con la vivencia directa, el Buda dejó una enseñanza basada en *“Las cuatro nobles verdades”* y *“La noble óctuple vía”*.

“Las cuatro nobles verdades” son:

1. La noble verdad del sufrimiento.

2. La noble verdad de la causa del sufrimiento.
3. La noble verdad del fin del sufrimiento.
4. La noble óctuple vía.

“*La noble óctuple senda*” es un conjunto de medios prácticos para desenredar la maraña del “yo” y sus hábitos adquiridos, que constituyen el núcleo de la práctica budista cotidiana que pueden seguir tanto monjes como laicos. Las ocho prácticas, agrupadas en tres conjuntos, son:

De la sabiduría:

1. Entendimiento justo.
2. Pensamiento justo.

De la moralidad:

3. Palabra justa
4. Acción justa
5. Sustento justo

Del gozo

6. Esfuerzo justo
7. Plenitud mental justa
8. Meditación justa

El “yo” es un error

Dentro de “*la noble verdad de la causa del sufrimiento*” Buda localizó implacablemente al “yo” como la causa de nuestras penurias, identificándolo como “*ignorancia*”, término que significa percepción equivocada de la realidad.

No lo interpretó como una entidad interior, absolutamente negada, sino como un error de percepción. Negó todo “yo”, aún todo Yo superior, concediéndoles la naturaleza de la ilusión, o en el mejor de los casos, la posibilidad de ser sólo un pensamiento.

La revelación budista, que probablemente sentimos más lejana de nuestra experiencia, es la doctrina del “*no-yo*” (anatta), ajena a nuestra vivencia cotidiana y extraña a nuestro ordinario sentido en términos de “yo soy”, “yo tengo”, “yo hago”, “yo siento”... Buda niega y deplora este “yo”, reflejo del error perceptivo de la realidad.

Todos vivimos la vida de una forma egocéntrica, y cuando vemos nuestro cuerpo como el límite externo de nuestro ser, habitualmente acudimos a un núcleo íntimo que es el “yo”, al que consideramos la continuación del ser interior que persiste a través de toda nuestra experiencia. Esto parece tan evidente y tan natural, que debería quedar fuera de cualquier cuestionamiento.

Pero, ¿qué es exactamente este ego, este sentido separado de personalidad, que motiva todas nuestras acciones y reacciones?

Para Buda no existe, sino que, en realidad, es una ilusión completamente prescindible. Este pequeño “yo” al que estamos tan apegados y a cuyo cultivo dedicamos tanto tiempo y esfuerzo, sólo es una ínfima y transitoria fracción de nuestro ser real que, aunque puede ser necesaria para nuestras relaciones sociales convencionales, no cuenta con ninguna realidad más profunda.

Lo que dignificamos como nuestro “yo” es realmente, en cada momento, un insignificante reflejo del infinito resplandor que compone nuestra verdadera naturaleza.

Esta contracción del “yo”, asumida por el niño y fomentada por todos los procesos sociales y educativos habituales de la convivencia humana, es una cristalización de un pequeño reflejo de lo infinito en la mente individual y temporal. Es la identificación con este reflejo ilusorio en esta mente temporal, la responsable de nuestros sufrimientos y limitaciones crónicas.

Para el Buda, el “yo” es la causa del sufrimiento real, pero ese “yo” es una irrealdad; es sólo un pensamiento que carece de permanencia.

A la mayoría de nosotros, la afirmación de que no tenemos un “yo” permanente nos parece un absurdo manifiesto. Cada día, al despertarnos volvemos a asumir desde “mi yo” nuestro sentido de existencia, que es el motor de toda nuestra actividad.

¿De qué otra forma podríamos vivir? Desde luego, este asunto es esencial: toda nuestra personalidad está estructurada alrededor del yo y, sin ella, parece que nos desintegraríamos en la locura. La respuesta de Buda a estas objeciones del sentido común es la siguiente:

“Muy bien, ¿qué es exactamente este yo que tanto aprecio os despierta? ¿Es el cuerpo, los pensamientos, los

sentimientos? Obviamente no, porque todas estas cosas, como hemos visto, están sometidas a la universal ley de la impermanencia. ¿Es entonces un alma única, o un “Yo superior” quizá, como algunas religiones y filosofías sostienen?

Si es así, ¿dónde reside esta alma única o este “Yo superior”? ¿Alguien lo ha experimentado? Demostrádmelo y aceptaré su existencia.”

El “yo” desaparece

El concepto de un “yo” que actúa atado a unos estados constantemente cambiantes, condicionados por la acción de los Skandhas (materia, sensaciones, percepciones, formaciones mentales) y una conciencia ordinaria, es el que el budismo considera la causa profunda de nuestra incomprensión de la realidad y de todos los problemas que de ellos derivan.

Desatar el nudo del “yo” y sus implicaciones no fue para el Buda un simple y estéril ejercicio intelectual.

Paralelamente a la rigurosa investigación que impuso a sus seguidores, había también una intensa práctica de meditación que, gradualmente, servía para ir desacostumbrándose al concepto limitante de ser un “yo” aislado e individual.

En la meditación, los distintos niveles y categorías de Skandhas realmente se experimentan y trascienden, como la voluntad, el deseo, la vanidad y el pensamiento. Entonces, resulta evidente que al desaparecer el pensamiento, la idea de “yo” desaparece con él.

Si en la práctica meditativa con la mente se trasciende el pensamiento y desaparece con él el “yo”, entonces”, ¿qué es el “yo”? ¿Otro pensamiento?

La negación del “yo” no es sino un caso particular de la tesis general del budismo de que no existe nada sustancial, permanente, absoluto. Que lo único que existe son fenómenos transitorios, formas inconsistentes, formando entre sí combinaciones siempre cambiantes, condicionándose mutuamente, o sea

un “*fenomenismo radical*”, concepto que sería incorporado luego en el pensamiento de Heráclito en Grecia.

Múltiples textos ilustran la tesis del budismo de que no existe un yo ni un alma individual, en ningún sentido.

En el Sanyuta III Buda pasa revista a todos y cada uno de los distintos componentes del hombre (corporeidad, sensación, percepción, etc.) y declara que ninguno de ellos constituye un alma.

Agrega también el Buda que ninguno de esos componentes es permanente, y concluye manifestando que el hombre no puede estimar como suyo ninguno de esos componentes, que no puede identificarse con ninguno de ellos, y que no puede considerar a ninguno de ellos como su alma, su yo o su Yo.

“Considere al mundo como algo vacío... desechando la creencia en el alma, y así superarás la muerte.”

No sólo el budismo niega la existencia del alma, sino que considera como una herejía la creencia en un “yo” permanente, creencia que constituye una atadura que impide la liberación.

Numerosos textos, por no decir todos, ilustran la tesis más general de la negación de toda sustancia. Basta mencionar el Dhammapada (277-279), uno de los libros importantes del budismo, donde declara que todas las cosas carecen de sustancia, y que en cuanto son condicionadas, no son permanentes, pero sí son fuente de desgracia:

“Cuando, llegando al conocimiento, ve que todas las cosas condicionadas son impermanentes, producen sufrimiento, carecen de existencia propia, entonces se harta del sufrimiento: es el camino de la purificación.”

La vaga sensación del “yo soy” es la creadora de esta idea del “yo” que carece de realidad. Ver esta verdad significa experimentar el Nirvana, y esto no es una tarea fácil, porque la personalidad dominante está construida desde el “yo”.

El principio de la impermanencia

La doctrina búdica del no-yo manifiesta la no permanencia de todas las cosas, idea esencial en la moderna física cuántica. Todas las cosas carecen de permanencia, y la cosa llamada “yo” no es la excepción.

También éste, y cada uno de sus ingredientes, está cambiando en todo momento y nada hay en él que sea por sí mismo inmortal, y que por lo tanto separe eternamente ese “yo” de las otras numerosas formas de la vida misma.

Para el Buda, todas las cosas, sin excepción alguna, carecen de permanencia, carecen de “*realidad*”, y en este sentido son ilusión. La creencia en un “yo”, que tiene sus derechos e intereses egoístas, es una ilusión basada en la ignorancia de sí mismo.

Occidente, basándose en la doctrina cristiana de un alma inmortal, halla muy difícil la doctrina budista. Pero hay un hecho paradójico. No asimila la doctrina búdica del no-yo, no-Yo, no alma, porque tiene sus raíces en la idea del alma inmortal cristiana, pero simultáneamente disfruta, por lo menos a nivel científico, de las verdades extremas de la Física Cuántica.

La Física Cuántica, iniciada por Einstein en 1905, en Europa, y desarrollada por un grupo de científicos en la primera parte del siglo XX, afirma el no-yo, niega la materialidad de la realidad, niega el tiempo y el espacio como categorías absolutas, afirma que todas las partículas subatómicas están conectadas entre sí, afirma que todo está constituido por una energía insondable, que se manifiesta como “*formas*” materiales. Por lo tanto, tampoco la materia es una categoría absoluta.

¿Qué crea la energía? ¿Qué está oculto tras ella? Vislumbra algo como el Nirvana, que algunos físicos llaman la Conciencia, basados en un principio tan radical como la propuesta búdica: el principio de impermanencia, como una ley del universo.

De esta manera, así como la visión Vedanta niega el “yo” pero acepta al Absoluto como la única realidad, también el Buda niega el “yo”, pero acepta el Nirvana como la realidad.

El “yo” puede ser un pensamiento, que desaparece cuando el pensamiento desaparece.

El “yo” puede ser una sensación, que desaparece cuando la sensación desaparece.

No hay un “yo” tal como una entidad permanente en la mente o en el cerebro.

El “yo”, sencillamente, no existe.

3. El no-yo en Gurdjieff

“El hombre no tiene individualidad. No tiene un gran “Yo” único. El hombre está dividido en una multitud de pequeños “yoes”.”

Gurdjieff

George Ivanovich Gurdjieff es una de las figuras más enigmáticas de nuestro tiempo. El libro de Louis Powels *“Gurdjieff, el hombre más extraño de este siglo”*, resume en su título la impresión que este personaje dejó en el siglo XX, especialmente en Europa, tal vez por mucho tiempo.

Como casi todo en él, su vida y sus orígenes siguen rodeados de misterios que él mismo estimuló, sin que jamás se interesara por esclarecer la verdad acerca de estos aspectos.

Pero detrás del mito, del misterio y de las innumerables anécdotas acerca de su *Trabajo*, se encuentra un conocimiento profundo cuya importancia es reconocida en ciertos medios intelectuales, filosóficos y místicos.

Según afirmó J.G. Bennet en 1949:

“Gurdjieff ha cumplido 83 años... Nació en el Cáucaso, en el seno de una vieja familia griega que emigró hace más de 100 años desde las antiguas colonias griegas del Asia Menor.”

Gurdjieff murió en el Hospital Americano de Nevilly el sábado 29 de octubre de 1949. Pero el día 24, ya gravemente enfermo, supervisó por última vez *“los brindis a los idiotas”*, su brindis preferido.

Si bien no despojó el término *“idiotas”* de su sentido peyorativo, lo revistió con el significado de *individualidad* en una escala de 18 tipos, en la cual cada persona del grupo debía buscarse, verse y reconocerse.

Si intentamos resumir las ideas de Gurdjieff diríamos que el hombre es como un reloj de péndulo impulsado por un minúsculo resorte, o como un enorme molino movido por un hilillo de agua. La paradoja consiste en que, a pesar de que la fuerza motriz sea inadecuada, parece existir un muy complejo mecanismo dentro del ser humano, capaz de evolucionar en la escala de la conciencia.

El problema es, pues, muy claro: hay que incrementar la fuerza motriz, que es la energía.

Según Colin Wilson, alumno de Gurdjieff:

“El sistema de Gurdjieff es, probablemente, el intento más extraordinario de toda la historia del pensamiento humano para lograr que nos demos cuenta del potencial existente en la Conciencia humana.”

La visión crítica de Gurdjieff acerca del hombre, implacable, durísima, sin concesiones de ningún tipo, se resume en estas palabras de él:

“Los hombres son máquinas. Las máquinas son necesariamente ciegas, inconscientes. No pueden ser de otra manera y todas sus acciones tienen que corresponder a su naturaleza. Todo sucede. Nadie hace nada. El “progreso de la civilización”, en el sentido real de estas palabras, no puede aparecer sino al término de esfuerzos conscientes. No puede aparecer como resultado de acciones inconscientes y mecánicas.”

¿Cómo podemos desactivar ese mecanismo? Su propuesta es la que se practica en la Escuela de Conocimiento denominada “*El Cuarto Camino*”, la cual palpita intensamente quizás en todas las ciudades importantes de todos los países del mundo.

La magnitud de su anonimato es proporcional a la seriedad, intensidad y profundidad que se hace en su interior. Gurdjieff es un maestro de la guerra contra la vida mecánica, los automatismos, el sonambulismo existencial, los hábitos y la estulticia del humanoide pensante.

“¿Qué esfuerzos conscientes puede hacer una máquina? Y si una máquina es inconsciente, lo son también cien mil máquinas y cientos de miles y millones de máquinas.

Ahora bien, la actividad inconsciente de millones de máquinas se reúne necesariamente para el exterminio y la ruina. Es precisamente en las manifestaciones inconscientes o involuntarias en las que reside todo el mal.

Ustedes no comprenden todavía y no pueden imaginar todas las consecuencias de esta plaga. Pero llegará el tiempo en que comprenderán.”

El “yo” cambia

El mamífero “*irracional*” equivocadamente llamado hombre, realmente no posee una individualidad definida, un Yo, pero posee muchos yoes. Esta falta de unidad psicológica es la causa de tantas dificultades, amargas y sufrimientos.

“El hombre tal como lo conocemos, el hombre máquina, el hombre que no puede “hacer”, el hombre con quien y a través de quien “todo sucede”, no puede tener un “yo” permanente y único.

Su “yo” cambia tan rápidamente como sus pensamientos, sus sentimientos, sus humores, y comete él un error profundo cuando se considera siempre una sola y misma persona; en realidad, siempre es una persona diferente, nunca es el que era un momento antes.”

El hombre no tiene un “yo”

El cuerpo físico es una unidad completa y trabaja como un todo orgánico, pero la vida interior del humanoide en modo alguno es una unidad psicológica, carece de una armonía como un todo, padece de una desorganización psicológica en el fondo de su intimidad.

“El hombre no tiene un “yo” permanente e inmutable. Cada pensamiento, cada humor, cada deseo, cada sensación dice “yo”. Y cada vez parece tenerse por seguro que este “yo” pertenece al Todo del hombre, al hombre entero, y que un pensamiento, un deseo, una aversión, son la expresión de ese Todo. En efecto, no hay prueba alguna en apoyo de esta afirmación.”

Miles de pequeños “yoes”

Ninguna persona es la misma en forma continua. Suponer que alguien posee un *“yo permanente e inmutable”* es la ignorancia de sí-mismo, que se manifiesta en la imaginación como un supuesto que carece de toda realidad.

“El hombre no tienen un “yo” individual. En su lugar, hay centenares de pequeños “yoes” separados, que la mayoría de las veces se ignoran, no mantienen ninguna relación, o por el contrario, son hostiles unos a otros, exclusivos e incompatibles.

A cada minuto, a cada momento, el hombre dice o piensa “yo”. Y cada vez su “yo” es diferente. Hace un momento era un pensamiento, ahora es un deseo, luego una sensación, después otro pensamiento, y así sucesivamente sin fin. El hombre es una pluralidad. Su nombre es legión.”

Dentro de cada persona viven muchas personas, muchos “yoes”, hecho que cualquier persona despierta, consciente, puede verificar en sí mismo.

Uno de los errores más graves del hombre, decía Gurdjieff, es la ilusión de una supuesta unidad interior que se manifiesta como un único “yo”. Esa ilusión surge de la falta de observación de sí mismo, y de la carencia de la percepción consciente de las impresiones que impactan los sentidos en todo momento:

“El alternarse de los “yoes”, sus luchas por la supremacía, visibles a cada instante, son comandadas por las influencias externas accidentales.

El calor, el sol, el buen tiempo, el mal tiempo, llaman inmediatamente a un grupo de “yoes”, a otras asociaciones, a otros sentimientos, a otras acciones.

No hay nada dentro del hombre que sea capaz de controlar los cambios de los “yoes”, principalmente porque el hombre no los nota, o no tienen ninguna idea de ellos; vive siempre en su último “yo”.

El nivel del ser atrae la vida

Cuando usted se casa jura solemnemente amor “eterno” en nombre de Dios. ¿Cuánto dura ese amor “eterno”? Dura hasta que se acaba, quizás muy pronto.

Un “yo” fue el que juró amar eternamente y otro “yo”, que no fue informado oportunamente de semejante compromiso, es el que debe amar eternamente. Por supuesto, no puede cumplir, ni le interesa cumplir, pero asume las consecuencias del incumplimiento. Usualmente se paga con sufrimiento.

Un “yo” sufre por lo que otro hizo o dejó de hacer. Un “yo” incumple, pero todo su ser paga, tal vez por mucho tiempo. El hombre inconsciente es, entonces, un “yo” imaginario, distinto de momento en momento, y mientras permanezca en esa situación interior no puede desarrollarse internamente ni acrecentar su potencial, y así todo seguirá siendo como antes. Continuará atrayendo, por siempre, la misma vida.

Esta eterna recurrencia es el cumplimiento de una ley de la existencia:

“El nivel del ser atrae su vida.”

Si su ser no cambia, dentro del cual está la multitud de sus pequeños y egoístas “yoes”, atraerá siempre la misma calidad de vida interna y externa. Esta ley explica por qué repetimos desgracias.

¿Qué hacer?

¿Qué hacer? ¿Cuál es el proceso de sanación que el **Trabajo** aconseja en relación con el “yo” imaginario? Gurdjieff decía:

“El “yo” imaginario debe desaparecer. El Trabajo aconseja que si se usa el llamado poder de observación-de-sí, se descubren muchos “yoes” diferentes, todos contradictorios, y la ausencia de un “Yo Real”, y así uno constata que no es en absoluto el “yo imaginario”.”

Gurdjieff propone, entonces, el proceso interno consciente denominado observación-de-sí como un instrumento de sanación. El término “*observación*”, como instrumento de transformación, lo encontramos luego en la Física Cuántica, revestido de un poder extraordinario. Dicen los físicos:

“La observación transforma lo observado.”

Así, todo el trabajo de autotransformación empieza con la observación-de-sí-mismo, la observación del ser, de lo que soy Ahora, que permite la mutación del ser interior cuando es hecha en forma seria, correcta y continua.

La importancia de la atención

Es necesario no confundir la observación con el conocer, que es el darse cuenta. Darse cuenta y observar no son la misma cosa. Quizás en un momento dado pueda darse cuenta de un estado negativo, pero esto no quiere decir que lo está observando.

La observación-de-sí es un acto de *atención* dirigida hacia adentro, hacia lo que está sucediendo en uno. Tal *atención* debe ser activa, dirigida, mantenida en el proceso que está siendo observado.

La *atención* viene del lado observante, mientras que los pensamientos, las emociones y las sensaciones pertenecen al lado observado en uno mismo. Esto es dividirse en dos.

El lado observante o Yo observante es interior al lado observado, o está por encima de él, pero su poder de conciencia independiente varía, por lo cual en cualquier momento, puede quedar sumergido en lo observado, identificado con lo observado.

En tal caso quedara completamente identificado con el estado negativo. No podrá, entonces, observar el estado negativo porque uno mismo es el estado negativo. El estado podría ser positivo, lo cual no cambia el fenómeno de la identificación.

En tal caso, cabe decir que el hecho de ser negativo es sentido y conocido –darse cuenta- pero no es observado, porque no hay una *atención* dirigida y mantenida en el hecho, para poder observarlo.

Si no hay *atención* dirigida, no hay observación posible.

La observación-de-sí-mismo deja entrar la luz en las tinieblas, en el caso interior de uno mismo. La luz es la conciencia. Este es el comienzo de la posible transformación interior del ser humano. Es el primer paso en el proceso de despertar la conciencia.

Observar y *observarse-a-sí-mismo* son dos procesos diferentes. Ambos exigen atención. En la observación la atención es atraída desde el exterior a través de los sentidos. En la observación-de-sí la atención es dirigida hacia el interior, y para ello no hay órgano de los sentidos.

Esta es una razón por la cual la observación-de-sí es mucho más difícil que la simple observación.

La evolución posible

¿A qué conduce todo este proceso de autotransformación? Mediante la seria, disciplinada e intensa observación-de-sí se establece un Yo observante –el Testigo– de una calidad superior a los “yoes” que han sido observados, el cual permite que seamos lentamente objetivos para con nosotros mismos.

Si el Trabajo Interior continúa, surge un Yo temporal, de unas cualidades superiores, denominado el Mayordomo, detrás del cual mora el Amo o “Yo Real”. Del pequeño “yo” al Amo o “Yo Real”.

Gurdjieff creó una escala de tipos de hombre, del 1 al 7, esclareciendo así la escala evolutiva posible, resultado de un trabajo sobre sí-mismo. Veamos los rasgos del hombre N° 7 para visualizar un poco la magnitud de su propuesta:

“El hombre N° 7 ha llegado al más completo desarrollo que le es posible al hombre, y posee todo lo que el hombre puede poseer, sobre todo la voluntad, la Conciencia, un “Yo” permanente e inmutable, la individualidad, la inmortalidad, y muchas otras propiedades que, en nuestra ceguera y nuestra ignorancia, nos atribuimos.”

Más allá, el absoluto

Cada “yo” es una mentira

De manera que el pequeño “yo” del hombre común es producto de su imaginación, carece de realidad, porque es vano y transitorio.

La imagen de ese “yo” surge de tener un nombre, de poseer un cuerpo que parece permanente, de la sensación de pensar y de la capacidad de sentir emociones. Cuando cambia la sensación al influjo de las impresiones sensoriales, cambia ese “yo”.

Usted no posee un “yo”, pero sí posee la imagen de ser un “yo”. Eso es imaginación. Usted es una multitud de pequeños y efímeros “yoes” insustanciales y fatuos, que ocupan todo el espacio interno de su ser, hablan por él y actúan por él, como si cada vano “yo” fuese la totalidad de su Ser.

Cada “yo” es un usurpador, un farsante, una imagen fatua, una mentira.

Para que el “Yo Real” sea, el Testigo sea, el “yo” debe desaparecer del espacio interno.

Esta es la enseñanza de Gurdjieff.

4. El no-yo en la neurología

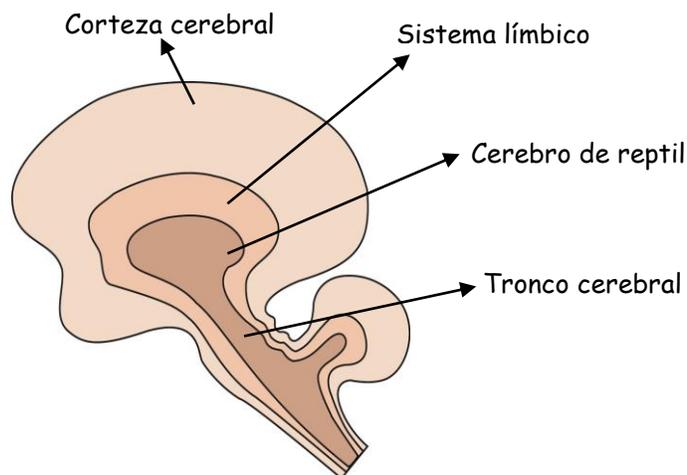
“El yo no existe, porque el yo no es un objeto, es un estado funcional.”

Dr. Rodolfo Llinás

En 1972 el neurólogo estadounidense Paul McLean postuló que el cerebro humano es un compuesto de tres cerebros distintos, a los que asignó los pintorescos nombres de Imagen Grabada, Leteo y Gurú. Ahora la ciencia médica los denomina: cerebro de reptil o tronco cerebral, sistema límbico y corteza cerebral.

El tronco cerebral tiene unos 500 millones de años y el cerebro límbico unos 200 millones de años; la separación de los antropoides se inició hace unos 25 millones de años, evolucionando la corteza hacia los homínidos, primates superiores antecesores de la especie humana, cuya antigüedad es de unos 3 millones de años.

Los reptiles salieron del mar (cerebro de reptil), en tierra evolucionaron hacia los mamíferos (cerebro límbico) y luego el hombre (corteza cerebral), tríada que suele representarse así:



Los tres cerebros

El cerebro humano tiene el tamaño de un coco, la forma de una nuez, el color del hígado sin cocer y la consistencia de la mantequilla fría.

Sistema límbico

Si se corta el cerebro por la mitad, a lo largo, de tal manera que los dos hemisferios queden separados, se puede ver que debajo de la corteza existe una aglomeración compleja de módulos, glándulas, tubos y cámaras.

Cada uno de estos módulos cumple una o varias funciones propias, y todos están interconectados por un cableado de cuerdas, que son hilos que transmiten mensajes entre todos esos órganos.

Ese conjunto complejo, que reside debajo de la corteza, es conocido como el *sistema límbico*, más antiguo que la corteza que piensa, y es también conocido como el *cerebro del mamífero*, porque la ciencia afirma que fue el rasgo que distinguió a las especies de los mamíferos, distintas de sus predecesores reptiles.

Este sistema límbico es la fuente de las emociones.

Esta parte del cerebro es inconsciente, pero aún así tiene un efecto profundo sobre nuestra experiencia cotidiana, puesto que está densamente conectada con la corteza consciente (darse cuenta) que tiene por encima, a la cual transfiere constante información.

Inconsciente significa que “yo” no participo en ese proceso, que esos procesos límbicos, emocionales, son puramente biológicos, que suceden sin “mi”.

Las glándulas del sistema límbico

Nos estamos acercando a una maraña extremadamente compleja de pequeños órganos, glándulas, un cableado que conecta todo, funciones de diversa índole, procesos químicos activados por una energía iónica, impulsos eléctricos, todo organizado como por una inteligencia superior cuyo propósito desconocemos... y toda esta maravilla funcionando sin “yo”.

Las emociones, por ejemplo, que son nuestras reacciones cerebrales básicas, se generan en el sistema límbico, tal como la mayoría de los impulsos, apetitos e instintos, que nos ayudan a sobrevivir. Pero también asume funciones de naturaleza holística, integradora de la diversidad fisiológica.

El *tálamo*, por caso, que es una glándula del sistema límbico, es una especie de retransmisor que recibe información procedente del exterior, por medio del sistema nervioso conectado con todos los sentidos, y la dirige hacia partes específicas del cerebro para ser procesadas allí.

Cerca, el *hipotálamo*, otra glándula que, con ayuda de la glándula *pituitaria*, ajusta ciertas condiciones físicas del cuerpo para que pueda mantenerse en constante adaptación al entorno, en condiciones óptimas.

El *hipocampo*, otra glándula cercana, cumple una función esencial en el establecimiento de la memoria a largo plazo.

La *amígdala*, cerca del hipocampo, es el lugar donde se genera el miedo instintivo que ayuda a preservar la vida.

Todos estos fantásticos procesos suceden simultáneamente en el reducido espacio del sistema límbico, en el centro del cerebro, sin participación alguna del “yo”, sin “mi”. Todo eso sucede electroquímicamente, sin participación alguna de “yo”. El cerebro no necesita del “yo”.

El tronco cerebral

Si se profundiza un poco más hacia adentro y abajo del cerebro, se llega al *tronco cerebral*, que es la parte más antigua, remontándose su origen a tal vez más de 500 millones de años.

Está formado por nervios que recorren el cuerpo a través de la médula espinal, llevando información del cuerpo hacia el cerebro y del cerebro hacia todo el cuerpo.

Grupos celulares del tronco cerebral determinan el grado general de alerta y regulan los procesos vegetativos del cuerpo, tales como la respiración, el latir del corazón, la presión sanguínea, los procesos inmunológicos, la actividad digestiva... sin participación del “yo”.

El cuerpo nunca le pregunta nada al supuesto “yo”, porque lo ignora absolutamente... como si no existiera.

El proceso evolutivo hacia la corteza cerebral

Todo este proceso biológico es una fantasía que no puede ser ni imaginada, sucediendo en el transcurso de millones y millones de años, sin que el hombre haya creado jamás ni una sola célula.

Del *tronco cerebral* al *sistema límbico*, y de éste a la *corteza cerebral*, es el proceso que crea a la especie humana y la coloca sobre la tierra, sin que la humanidad sepa para qué, ni le interesa.

Pero, ¿cómo se llegó al cerebro? Calcula la ciencia que desde el big bang hasta la perfección de la primera célula transcurrieron ¡4.000 millones de años! Luego las células se transformaron en *neuronas*, que son células capaces de recibir y transmitir información, para lo cual se conectan unas con otras.

Son más de cien mil millones las neuronas que configuran la red cerebral, en una masa que no pesa más de 1.400 gramos, y cada una de ellas puede poseer hasta 10.000 puntos de contacto con las neuronas más próximas.

Más aún, cada neurona está compuesta por unos cien billones de moléculas, que son unidades de información. Cada molécula contiene cientos de millones de átomos, y cada átomo puede tener nubes de partículas subatómicas, y ese es el territorio de la Física Cuántica.

¿Y dónde está el “yo”?

El proceso del pensamiento

Para producir el pensamiento más insignificante se tienen que activar millones de neuronas al unísono, billones de moléculas y procesos cuánticos absolutamente desconocidos. El pensamiento sucede. No es posible que algún “yo” efímero pueda participar en ese majestuoso proceso electroquímico.

Hasta cuando el cerebro parece estar en el mínimo nivel de actividad, la tecnología constata un caleidoscopio de actividad en constante cambio, un proceso de cambio continuo, sin que se evidencie un “yo” que dirija o participe en el proceso, lo cual obliga a cuestionar la certeza de que “yo pienso”, fundamento de la filosofía cartesiana.

El pensamiento sucede en el cerebro, como una reacción de la memoria a las impresiones sensoriales, pero no existe un pensador que piense esos pensamientos.

Otra visión científica

Veamos otra visión científica complementaria que explicaría el proceso evolutivo del cerebro y el “yo” como una sensación.

Según fuentes neurológicas, incluido el libro “*El cerebro y el mito del yo*” del eminente científico colombiano Dr. Rodolfo R. Llinás, tanto el cerebro límbico como la corteza cerebral evolucionaron buscando la solución más eficiente para hacer más coherentes las diversas funciones del cerebro, y coherentes dichas funciones con las circunstancias externas, todo ello en un mismo instante.

¡Esa necesidad de la coherencia, para proteger la vida, es la energía de la evolución!

La fuerza de la evolución sería la necesidad de la simultaneidad coherente de lo interno cerebral y lo externo circunstancial, necesariamente surgida de la voluntad de la naturaleza por preservar la vida sobre la tierra.

Ese proceso, cohesionante en el instante, que unifica componentes fraccionados tanto de la realidad externa como de la interna cerebral, en una estructura psíquica, única, momentánea, es lo que suele denominarse “yo”.

Esto explicaría por qué no hay un único “yo” sino infinitos “yoes”, consecutivos, tantos como cohesiones coherentes van sucediendo entre lo interno y lo externo.

Esa sucesión consecutiva de cohesiones, sin pausa, porque la lluvia de impresiones que recibe el cerebro mediante los sentidos no para jamás, es sentida como un “yo” continuo, es decir, como un “yo” permanente.

Si podemos sentir esa coherencia como una sensación muy sutil de “yo *estoy aquí haciendo esto*”, entonces, podemos definir al “yo” como la sensación de esa coherencia.

Es la coherencia temporal y momentánea la que genera al “yo”, sin permanencia, sin sustancia, porque es una sensación, tan transitorio como un pensamiento, que también forma parte de ese “yo” efímero.

Cuando digo “yo *pienso que...*” realmente ese “yo” no existe como una entidad, pero sí existe ese pensamiento. No es que “yo *pienso*”. Más justo sería afirmar que “*algo piensa*”, o que “*el pensamiento sucede*”, como una respuesta de la memoria de la mente a estímulos captados por los sentidos.

El Dr. Rodolfo Llinás, en su libro ya citado, resume estas ideas en forma muy precisa:

“Así pues, la subjetividad o el “sí mismo” se genera mediante el diálogo entre el tálamo (cerebro límbico) y la corteza o, en otras palabras, los eventos unificadores recurrentes constituyen el sustrato del “sí mismo”.”

De manera que el amado “yo”, la sublime incógnita, tan obsesivo como la sombra (yo creo... yo digo... yo... yo... lo que sea) no es algo tangible, ni duradero, ni sustancial.

De ninguna manera es una entidad interior. Es una abstracción mental que emana de la interacción del cerebro con el mundo externo, es la significación que la mente le asigna a una sensación cuyo origen desconoce.

Por ejemplo, cuando digo “yo *estoy sereno*”, puede ser la interpretación que la mente le da a la presencia de un agente químico del cerebro, neurotransmisor llamado *serotonina*, cuya sensación placentera es sentida como “yo”.

La *noradrenalina*, agente químico excitatorio que aumenta el nivel de respuesta física y mental a la exigencia del mundo externo, puede sentirse como “*yo acepto el reto*”.

Cuando afirmo que “*yo soy un poco distraído*”, tal vez dispongo de un bajo nivel de la hormona llamada *acetilcolina*, en la corteza cerebral.

Esos procesos hormonales se manifiestan como sensaciones, que la mente interpreta como “*yo siento eso*”.

La sensación existe, pero no existe ese “yo” que siente.

El pensamiento existe, pero no existe ese “yo” que piensa. Hay pensamiento, pero no hay “*pensador*”.

¿El cerebro crea la realidad?

El Dr. Llinás no sólo aporta claridad científica acerca del no-yo:

“El yo no existe, porque el yo no es un objeto, es un estado funcional.”

sino que pone en entredicho a la realidad externa al afirmar que es una construcción del cerebro, una imagen creada en el cerebro, colocándose así, sin proponérselo, en el campo del budismo puro. Al preguntársele en una entrevista periodística: ¿por qué dice usted que vivimos en una especie de realidad virtual?, respondió así:

“Imagínese que los sonidos no existen afuera, son tan sólo una interpretación que hace el cerebro. Los colores tampoco existen afuera. La sensación que tenemos de tacto y de olor no existen afuera de nuestra cabeza.

El sistema nervioso ha desarrollado un sistema propio para caracterizar el mundo externo con propiedades que no existen afuera. La realidad es tan sólo un “constructo” que nos permite movernos inteligentemente, interactuar.”

Revista Cromos Nº 1244

En estricto sentido, los ojos no ven imágenes, sino que captan frecuencias de la luz; los oídos no escuchan sonidos, sino que captan vibraciones del aire; no hay olores ni sabores específicos, sino partículas de olor y sabor captadas por sensores en la boca y la nariz.

De manera que lo único que los sentidos perciben son: frecuencias, vibraciones y partículas. Cada sentido convierte su impresión captada en un impulso eléctrico, que viaja hacia unos focos cerebrales vía nervios específicos. Allí, el cerebro construye su realidad, al adicionar asociaciones neuronales anteriores y su propia motivación.

Si usted quiere ver manzanas, ve manzanas.

El cerebro no distingue entre lo que visualiza y la supuesta realidad.

Mediante los sentidos nunca podremos descubrir qué hay realmente afuera. ¿Qué es lo que produce frecuencias de luz, vibraciones del aire y partículas?

El Buda continúa vigente. Hace 2.600 años afirmó:

“Todo es maya, ilusión.”

Lo real permanece invisible.

5. El no-yo en Krishnamurti

“En el momento en que tiene una percepción directa, el ego se acabó porque no hay identificación.”

Krishnamurti

Jiddu Krishnamurti nació en la India en 1895, siendo recogido a la edad de trece años por la Sociedad Teosófica y educado en Inglaterra.

En 1929 renunció a toda vinculación con dicha sociedad, al rechazar cualquier tipo de organización que jerarquizara la conciencia.

Se dedicó durante toda su vida a dar conferencias por todo el mundo, y mantuvo diálogos con renombrados científicos, políticos y líderes religiosos, de todas las variantes.

Urgía a sus oyentes a que fuesen maestros de sí mismos, promoviendo una actitud de autodescubrimiento del conflicto y de la conciencia, y rechazaba todo dirigismo religioso o sectario.

Estudió el panorama de la civilización actual, vinculando el nivel de conciencia del ser humano con los problemas sociales.

Sus escritos, conferencias y diálogos están contenidos en más de 100 libros, en todos los cuales se encuentran temas recurrentes: el no-yo, la percepción pura, la libertad interior, la vida, el Amor, la Conciencia, la muerte...

De él dice Robert Powell, Maestro Zen Inglés, en su libro “Zen y realidad”:

“Me parece que si realmente llegásemos a la médula de esos conceptos, sin que la jerga budista nos aterrara, encontraríamos que Krishnamurti y el Zen son en esencia iguales; exponen las mismas enseñanzas, aun cuando utilizan distintas formas de expresión.”

Ambas enseñanzas son indicaciones hacia el logro del estado búdico, que únicamente es posible por medio del pleno conocimiento de nuestro propio ser; el observar la propia naturaleza, sin ningún seguimiento de sistemas, doctrinas o prácticas de ascetismo o disciplinas especiales de ningún tipo.

Sin embargo, pertenece a Krishnamurti el gran mérito de haber subrayado con gran énfasis, más que ningún otro, el requerimiento esencial de que la observación se realice en absoluta pasividad.

Tal estado de conciencia debe ser del todo libre de juicios para que sea válido, pues de otro modo se convierte en una nueva técnica de introspección o de análisis de uno mismo.”

Krishnamurti falleció en California a la edad de 90 años.

El “yo” es la maldad

De entre tantos comentarios acerca del “yo”, tomemos apenas unas pocas citas, suficientes para vislumbrar la visión de Krishnamurti:

“El “yo” es la entidad condicionada, producida y mantenida por la cultura, la sociedad, la religión, mediante una vida conceptual e ideológica.”

“El “yo” que dice te quiero, no te quiero, que es egoísta, que se pone colérico, violento, todo eso es el “yo”. Ese “yo” es la raíz del conflicto.”

“Para vivir, el precio que tenemos que pagar es deshacernos del “yo”.”

“En el “yo” incluyo el “yo” esencial, el ego, toda la especulación conceptual respecto a mí mismo: el yo superior, el yo inferior, el alma, todo eso es el contenido de mi conciencia, la cual constituye el yo, el ego.”

“Por lo tanto, el contenido de mi conciencia es el “yo”, mi ego, mi yo, mi ideación, mis pensamientos, mis ambiciones, mi codicia, todo eso es el “yo”. Mi nación, mi deseo de seguridad, de placer, de sexo, mi deseo de hacer esto o aquello, todo eso es el contenido de mi conciencia.”

“Mientras ese contenido persista, sobreviene toda división y todo conflicto”.

“Todo ese contenido debe ser vaciado.”

“Una mente vacía de todo contenido y silenciosa de todo pensamiento, es el espacio interno donde lo inconmensurable se puede manifestar.”

“El “yo” es la maldad en el mundo”.

Suficiente por ahora.

Bibliografía

- . Bodabhikshu. La filosofía esotérica de la India.
- . J. Carlos Jiménez. Filosofía Vedanta.
- . Vivekananda. Los Vedas.
- . Brahmacharin. Los Vedas.
- . Alistair Shearer. Buda.
- . Jesús López-gay. La mística del budismo.
- . Carmen Dragonetti. Dhammapada.
- . Colin Wilson. La guerra contra el sueño.
- . Ouspensky. Fragmentos de una enseñanza desconocida.
- . Maurice Nicoll. Comentarios Psicológicos.
- . Rodolfo R. Llinás. El cerebro y el mito del yo.
- . Robert Powell. Zen y realidad.
- . Krishnamurti. Reflexiones sobre el yo.